

EL PROBLEMA DEL «MAS ALLA» EN LA POESIA NAHUATL

POR
ALICIA N. LAHOUCADE

I. INTRODUCCION

El azteca es un mundo rígidamente organizado; cada uno sabe, de acuerdo a su jerarquía o posición social, qué papel le corresponde desempeñar en la comunidad, cómo debe ser su casa, qué ropas o adornos debe llevar, y sabe, estrictamente, cuál es el campo de sus actividades y obligaciones.

Pero hay algo fundamental: ningún tipo de tarea o actividad se desarrolla en el plano profano, porque la vida azteca está absolutamente penetrada por la fe religiosa; por eso dice Paul Westheim en su magistral libro sobre las *Ideas fundamentales del Arte Prehispánico en México*:

En el México Antiguo, que basa su concepción del mundo, su ideario y su pensamiento en el principio del dualismo, falta, sin embargo, el dualismo entre la vida y la fe. El mito no es un dominio al margen de la vida, no es la satisfacción de necesidades metafísicas, posterior o simultánea a la satisfacción de las necesidades materiales: abarca la totalidad de la vida, tanto la religiosa como la profana, que de todos modos está religiosamente determinada. Cualquiera empresa, sea su índole la que fuere, sólo tiene sentido, sólo puede tener éxito si se realiza en consonancia con la voluntad de los dioses y con su ayuda...

La fe es fe colectiva y obligación colectiva. El que quisiera sustraerse a esta obligación (cosa increíble), no sólo sería un pecador impío, maldito, condenado a las penas del infierno, sino un elemento asocial, nocivo, que pondría en peligro la supervivencia de la comunidad. La religión no es superestructura metafísica por encima de una vida profana y civil. Vida privada, vida que no está al servicio de los dioses, no existe, o, por lo menos, no cuenta.

Relacionando estas dos características: 1) que el azteca, como todo pueblo constructor de imperios, tendía a las estructuras rígidas en todos los órdenes de la vida, y

2) que la actividad, de cualquier tipo que sea, está al servicio de los dioses, o tiene un sentido religioso, podría deducirse que tenía un

sistema de creencias claro y conciso, del que el hombre no podría apartarse sin condenarse «a las penas del infierno», aunque los aztecas no creían en un infierno, considerado como lugar de penas y tormentos; además, el que osara apartarse de esas creencias estaría básicamente fuera de la comunidad; y sería un elemento nocivo para ella.

Esto es lo que lógicamente tendría que haber sucedido, pero lo cierto es que la poesía náhuatl muestra una acusada ruptura entre la vida y la fe, y pone de manifiesto hasta qué punto la mente azteca se apartaba de los esquemas establecidos, y buscaba, a veces dolorosamente, una respuesta a sus interrogantes vitales.

Como es lógico, la ruptura se da en uno de los puntos más candentes y obsesionantes para el hombre de todas las culturas y de todas las épocas: la supervivencia después de la muerte. Para poder medir la magnitud de este distanciamiento entre la fe tradicional y la duda, hay que proceder por contraste: revisando primero lo que las fuentes dan como sistema «oficial» (si es lícito usar esta expresión) de creencias respecto al más allá y buscando luego en los textos poéticos la incertidumbre y los interrogantes que se plantearon los nahuas.

II. LAS CREENCIAS EN EL «MAS ALLA», SEGUN LAS FUENTES

Para comprender todo el sistema de creencias nahuas en el «más allá» conviene destacar, antes que nada, que su concepción difiere fundamentalmente de la cristiana; el nahua vive de acuerdo a estrictos cánones éticos, se sacrifica y llega a la inmolación, no para «ganarse» una eternidad feliz, pues eso está fuera de sus manos, sino para mantener el orden cósmico; para él no tiene sentido la salvación del alma individual, ni podría lograrla, ya que la divinidad, desde que crea el alma en el Omeyocan y determina el nacimiento de cada hombre, fija su destino hasta la muerte, incluso el género de muerte, y ésta a su vez fija el lugar que le espera, de modo que hasta el destino en el más allá es decisión de los dioses.

En general se nota una absoluta confianza en la vida después de la muerte, se piensa que la existencia continúa, bajo otras condiciones o «de algún modo», pero continúa; así lo prueban no sólo los textos, sino las ceremonias mortuorias, con su variedad de detalles, y hasta la inmolación de esclavos para que sirvan a su señor «en la otra vida»; incluso la poesía proclama que vivimos aquí «solamente por breve tiempo» y «no es nuestra casa definitiva la tierra»:

POEMA I *

*No vivimos en nuestra casa
aquí en la tierra.
Así solamente por breve tiempo
la tomamos en préstamo.
¡Adornaos, príncipes!
Solamente aquí
nuestro corazón se alegra;
por breve tiempo, amigos, estamos prestados unos a otros.
No es nuestra casa definitiva la tierra:
he aquí estas flores:
¡Adornaos, príncipes!*

(«Poesía Náhuatl», de Garibay, p. 36.)

Es evidente, entonces, que se cree en la supervivencia, pero la cuestión es: ¿a dónde van las almas de los que mueren?... y aquí entra a jugar otro concepto nahua: lo que Alfonso Caso llama una «muerte de clase», porque lo que determina el lugar del alma después de la muerte no es la conducta en esta vida, sino principalmente el género de muerte y la ocupación que en vida tuvo el difunto.

Analizaremos brevemente las cuatro posibilidades.

I. LA CASA DEL SOL

En el apéndice del Libro III de su «Relación de las cosas de la Nueva España», Sahagún pasa revista a los posibles destinos del alma, y dice respecto a los que van al «cielo»:

Los que se van al cielo son los que mataban en la guerra, y los cautivos que habían muerto en poder de sus enemigos: unos morían acuchillados, otros quemados vivos, otros acañaverados, otros aporreados con palos de pino, otros peleando con ellos, otros atábanles telas por todo el cuerpo y poníanles fuego, y así se quemaban. Todos estos que están en un llano y que a la hora que sale el sol, alzaban voces y daban gritos golpeando las rodelas; y el que tiene rodela horadada de saetas por los agujeros de la rodela mira al sol, y el que no tiene rodela horadada de saetas no puede mirar al sol. Y en el cielo hay arboleda y bosques de diversos árboles; y las ofrendas que le daban en este mundo los vivos iba a su presencia y allí las recibían; y después de cuatro años pasados, las ánimas de estos difuntos se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica y color, y andaban chupando todas las flores, así en el cielo como en este mundo los zinzones lo hacen.

* Las poesías se irán numerando correlativamente, según aparezcan en el texto, a fin de facilitar su análisis.

En el libro II agrega al respecto:

Dijeron los viejos que el Sol los llama para sí, y para que vivan con él, allá en el cielo, para que le regocijen y canten en su presencia y le hagan placer; éstos están en continuos placeres con el Sol, viven en continuos deleites, gustan y chupan el olor y zumo de todas las flores sabrosas y olorosas, jamás sienten tristeza, ni dolor, ni disgusto, porque viven en la Casa del Sol, donde hay riquezas de deleites; y éstos que de esta manera mueren en las guerras, son muy honrados acá en el mundo, y esta manera de muerte es deseada de muchos, y muchos tienen envidia a los que así mueren, y por esto todos desean esta muerte, porque los que así mueren son muy alabados.

De modo, que morir en la guerra o en la piedra de los sacrificios es un destino privilegiado; aquellos que lo alcanzan, pasan a formar parte del séquito de Huitzilopochtli en el Tonatiuhichan, la «acas del sol», «el paraíso oriental», donde las almas viven en constante placer con el sol; obsérvese que se sigue respetando la jerarquía: pues sólo aquellos que tienen su rodela horadada por saetas, sólo aquellos que mucho han combatido verán al sol; obsérvese también que son equiparados los guerreros aztecas y los guerreros enemigos sacrificados, porque en suma su misión es la misma: alimentar a los dioses; por algo en los códices el sacrificado se designa siempre con el glifo chalchihuitl, «la piedra preciosa»; además son protegidos por Teoyaomiqui, que es justamente «el dios de los enemigos muertos».

Veamos cómo canta la poesía la gloria y la dicha de los que serán «hermoso y rico cerco de plumas de quetzal» y «flores del escudo que resplandece»:

POEMA 2

*Cual nenúfar al viento gira el escudo,
cual humo el polvo sube,
el silbo de las manos repercute,
aquí en México Tenochtitlan.
Es la casa de los escudos,
es la casa de las batallas:
se extiende el estrado del Aguila,
es el sitio del solio del Tigre:
ellos llevan el peso de la guerra.
Se toca la flauta para el combate:
son las flores del escudo que resplandece (el sol).
¡Nunca, nunca por cierto ha de acabar!*

(En «La Literatura de los Aztecas», de Garibay, p. 58.)

POEMA 3

*Ofrezco, ofrezco florido cacao:
¡Sea yo enviado a la Casa del Sol!
Es hermoso y muy rico el cerco de las plumas de quetzal:
¡conozca yo la Casa del Sol, vaya yo allá!
Oh, nadie capta en su alma la flor que bella embriaga;
esparzo flores de cacao, están dando fragancia en el agua de Huextzinco.
Cada vez que el sol sube a esta montaña,
llora mi corazón y se entristece:
¡Ojalá fuera flor mi corazón, pintada estuviera de bellos colores!
¡Sobre las flores canta el Rey de los que vuelven!
Haya embriaguez florida: celébrese la fiesta, oh, príncipes;
haya precioso baile: ésta es la casa de nuestro Padre el Sol.*

(En «Historia de la Literatura Náhuatl», de Garibay)

POEMA 4

*Esmeraldas,
turquesas,
son tu greda y tu pluma,
¡oh, por quien todo vive!
Ya se sienten felices
los príncipes,
con florida muerte a filo de obsidiana,
con la muerte en la guerra.*

(En «Poesía Náhuatl», p. 101)

En estos poemas se pone de manifiesto la gloria, el orgullo de una casta de guerreros, porque no cualquiera puede aspirar a una vida de deleites en el séquito del Sol; ese destino estará reservado sólo a Águilas y Tigres, príncipes y reyes, que, expresado con gran belleza, son «sus guirnaldas», «su casa de primavera»:

POEMA 5

*¡El Tamoanchan de las Águilas,
la Casa de la Noche de los Tigres,
(está) en Huexotzinco!
Es allí el sitio de la muerte,
del Merecedor,
de ese Tlacahuepan.
¡Totalmente se deleita allí
el gremio de los príncipes (que son) sus guirnaldas,
el grupo de los reyes (que son) su casa de primavera!*

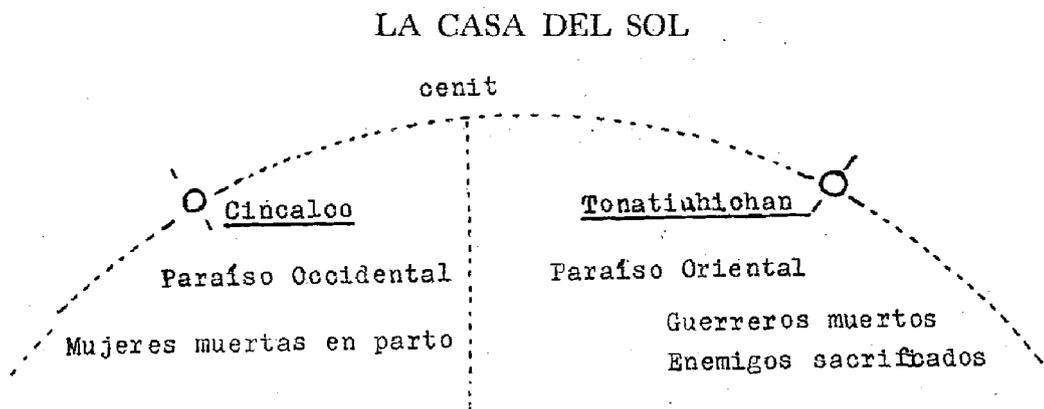
(En «Poesía Náhuatl», de Garibay, p. 1)

Lo curioso es que esta vida de deleites es bien breve, sólo dura cuatro años, y luego las almas «se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica y color, y andaban chupando todas las flores, así en el cielo como en este mundo, así como los zinzones lo hacen»... En realidad, parece un destino bastante mísero, tratándose de la muerte considerada más gloriosa, y uno se pregunta si realmente colmaba las aspiraciones de la alta clase.

Ahora bien: no sólo los guerreros gozaban el privilegio de acompañar al Sol: también lo hacían las mujeres muertas en parto, que vivían en el «Paraíso Occidental», el Cincalco, la «casa del maíz»:

Por esto el occidente, además de ser la «casa del Sol», era también para los nahuas Cihuatlampa, «hacia el rumbo de las mujeres»; la región de la tarde, desde donde salían al encuentro del Sol las que habían muerto de parto, las llamadas también «mujeres divinas» (cihuateteo). Los guerreros, en cambio, acompañaban al Sol desde su salida hasta el «cenit», dice León-Portilla en «Filosofía Náhuatl».

Reduciendo todo esto a un esquema, sería:



Las cihuateteo solían bajar a la tierra como fantasmas nocturnos, y de mal agüero, especialmente para mujeres y niños; antes de convertirse en «mujeres-diosas» tenían gran poder mágico; por eso los guerreros trataban de apoderarse de su brazo derecho que los tornaría invencibles en el combate; esto obligaba a los hombres del clan a montar guardia hasta el momento del entierro, para impedir la mutilación del cadáver.

2. EL TLALÓCAN

En el sur, lugar de la fertilidad, se suponía situado el paraíso de Tlalóc, al que van todos los que mueren ahogados, o por el rayo, «los leprosos, bubosos, sarnosos, gotosos e hidrópicos», dice Sahagún, y

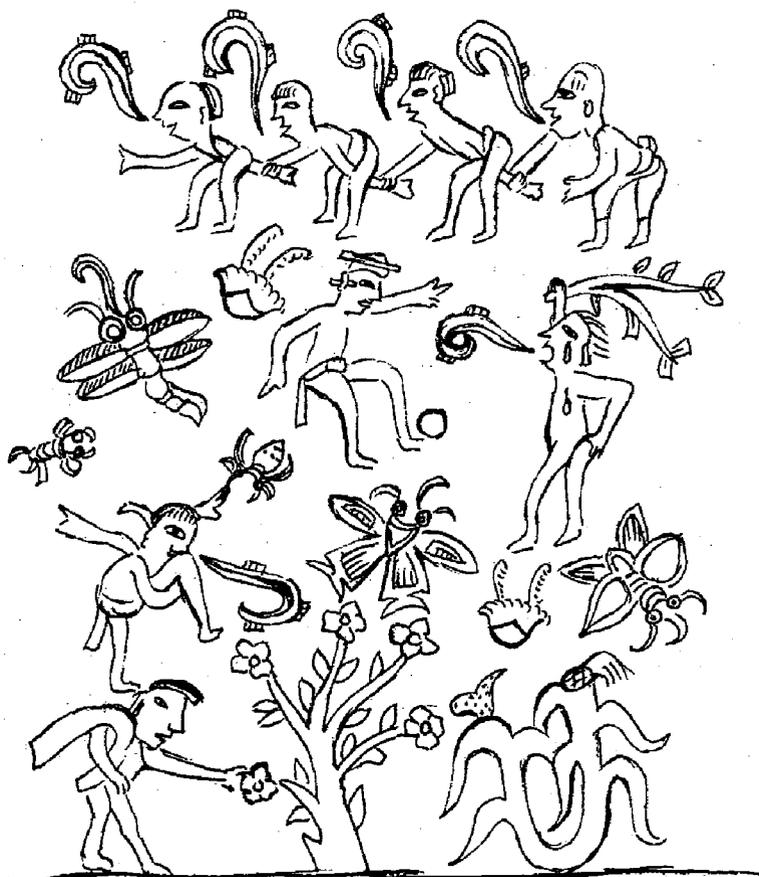
«otros males de pudrición y materia», agrega Juan Bautista de Pomar en su «Relación» (figura como apéndice al tomo I de «Poesía Náhuatl», de Garibay).

El Tlalócan es un lugar

en el cual hay muchos regocijos y refrigerios, sin pena ninguna; nunca jamás faltan las mazorcas de maíz verdes, y calabazas, y ramitas de bledos, y ajé verde, y jitomates, y fríjoles verdes en vaina, y flores; y allí viven unos dioses que se llaman Tlaloques, los cuales se parecen a los ministros de los ídolos que traen los cabellos largos...

Y así decían que en el paraíso terrenal, que se llamaba Tlalócan, había siempre jamás verdura y verano.

Las magníficas pinturas rurales descubiertas no hace mucho en Testihuacán demuestran que la denominación de «paraíso terrenal» dada por Sahagún al Tlalócan, se justifica plenamente, porque allí aparece el hombre en una especie de estado de inocencia, desnudo, gozando de la frescura y el agua, en un Edén poblado de pájaros y mariposas, o sentado plácidamente bajo los árboles cargados de frutos que rodean los ríos del paraíso; el conjunto es una gigantesca oda a Tláloc, que aparece entronizado por encima de su paraíso, y a quien debe el hombre la abundancia en la tierra y la bienaventurada existencia en



Una escena del Tlalócan, según el fresco teotihuacano